

# ¿El paraíso perdido o el paraíso recobrado?

Elisabeth Badinter

“Escudriñando la historia de las actitudes maternas, nace la convicción de que el instinto maternal es un mito. No hemos encontrado ninguna conducta universal y necesaria de la madre. Al contrario, hemos constatado la variabilidad de sus sentimientos, según su cultura, sus ambiciones o sus frustraciones. De ahí, ¿cómo no llegar a la conclusión, aunque sea cruel, de que el amor maternal no es más que un sentimiento y como tal, esencialmente contingente? El sentimiento puede existir o no existir. Ser y desaparecer. Revelarse fuerte o frágil. Privilegiar a un hijo o darse a todos por igual. Todo depende de la madre, de su historia y de la Historia. No, no hay una ley universal en esta materia que escape al determinismo natural. El amor maternal no va a desaparecer. Está “en alza”.

Si trazáramos la curva de este amor en Francia, desde hace 4 siglos, se obtendría una sinuosidad con los puntos fuertes antes del siglo XVII y en los siglos XIX y XX; y puntos débiles en los siglos XVII y XVIII. Se necesitará, probablemente, volver a revisar la curva a partir de 1960, para marcar un reflujo del sentimiento maternal clásico, y hacer debutar al mismo tiempo, un nuevo trazado de amor: el del padre. Aparentemente, el amor maternal ya no concierne sólo a las mujeres. Los nuevos padres hacen como las madres, quieren ellos a sus hijos. Lo que parece probar que ya no hay más especificidad en

el amor maternal que en el paternal. Esto quiere decir que ya no hay especificidad en los roles materno y paterno, y que se tiende, más y más, hacia la identificación de la mujer y el hombre.

Es verdad que al mirar, de espaldas o de lejos, a una pareja de adolescentes, la vestimenta y el peinado iguales, la muchacha y el muchacho tienden a confundirse. Menos senos, menos caderas y nalgas, las mujeres. Menos músculos y espaldas los hombres. El unisexismo existe. Al menos en apariencia.

Desde el punto de vista psicológico, hoy no se sabe muy bien lo que distingue al niño de la niña. El Congreso Internacional de Psicología del Niño que se efectuó en París, en julio de 1979, sobre este tema, no logró delimitar las diferencias. Según sus conclusiones, nada prueba que la pasividad esté reservada a las niñas, tampoco la receptividad o la tendencia a subestimarse. Nada prueba tampoco que la competitivi-

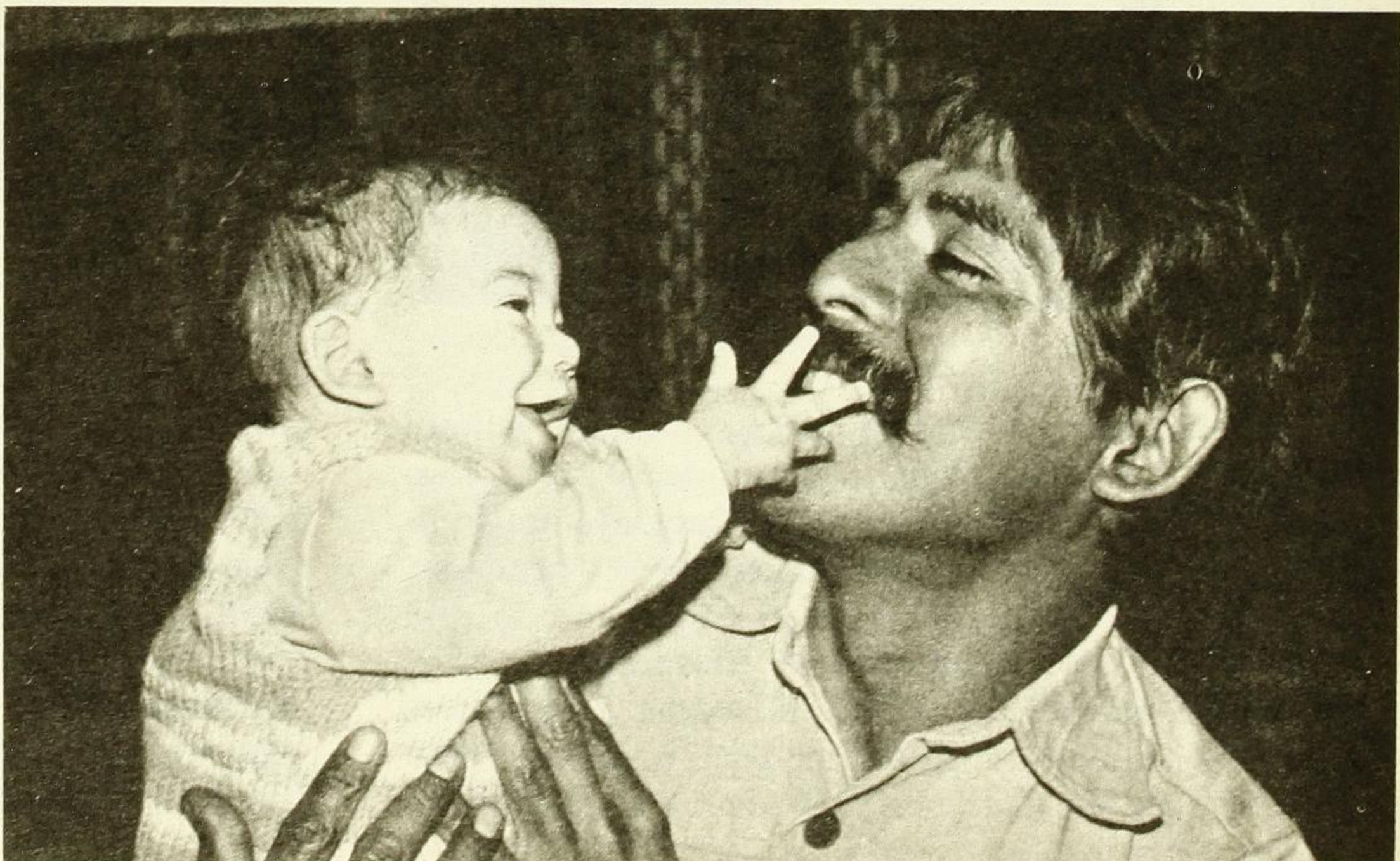
dad esté reservada a los varones, ni el miedo, la timidez y la ansiedad a las niñas. O que los niños tengan tendencias dominantes y las niñas gran capacidad de sumisión. Ni, asimismo, que las conductas “maternales” o “nutrientes” sean más específicamente femeninas que masculinas. Y, de hecho, el tradicional “papá lee, mamá cose” está en camino de modificarse. Mamá puede leer o carpinterear mientras papá prepara el biberón. Nada será sorpresa.

¿Esto significa que el padre es idéntico a la madre? Y si ese fuera el caso ¿cuál será el resultado para los niños?

Estas dos preguntas, fundamentales para el porvenir de la humanidad, no pueden ser respondidas con exactitud. A lo más, se pueden emitir dos hipótesis contradictorias.

Unánimemente, los psicoanalistas ven en esta identificación de roles una fuente de confusión para el niño. ¿De qué manera —dicen ellos— el niño podrá tomar conciencia de su sexo y de su rol? ¿Con quién se identificará al llegar a la edad adulta? El niño, varón o mujer, no adquiere una sólida estructura mental hasta después de haber superado el complejo de Edipo, es decir la relación triangular y antagónica.

¿Qué será de él si papá y mamá



\* Capítulo final del libro *L'amour en plus*, historia del amor maternal entre los siglos XVII y XX.